GARZON VALDES, Ernesto. *El Concepto de Estabilidad de los Sistemas Políticos.*

Distribuciones Fontamara, México, 1992, 113 pp.

El autor se ocupa en este libro de uno de los temas más apasionantes y trascendentes de la teoría y práctica política. Lo hace con el confesado propósito de separar el concepto descriptivo de estabilidad y el concepto normativo de legitimidad, a partir de la construcción de una definición del concepto de estabilidad de los sistemas políticos, sustentada en su aplicabilidad a casos concretos tomados de la historia de América Latina.

El hilo conductor de su propuesta conceptual se localiza en una permanente preocupación por mantener la distinción entre los alcances y significados de los vocablos "estabilidad", "legitimación" y "legitimidad", y el juego de una serie de notas distintivas que el autor va incorporando al enunciado básico: "S es un sistema político estable", lo que le permite ir desentrañando y acreditando la validez teórico-práctica de características que él denomina como "reacciones de identidad", "regla de reconocimiento", "tiempo", "contexto histórico", etc., para concluir con la siguiente definición de estabilidad:

Un determinado sistema político es estable si y sólo si en los casos vinculados con el ejercicio institucionalizado del poder, sean éstos "normales" o "límites", tiene la tendencia de reaccionar de forma tal que sus cambios son una explicación eficaz de su "regla de reconocimiento" y esta tendencia se mantiene durante un lapso significativo desde el punto de vista de su contexto histórico y regional.

El eje de la propuesta definitoria se traduce en tener a la estabilidad como una "propiedad disposicional", cuya constatación en un caso concreto determinado debe conducir a la verdad o falsedad de aquélla, en tanto se despliega en datos empíricos que evidencian la "disposición", "propensión" o "tendencia" de un sistema político

cierto a reaccionar de forma tal que procure el mantenimiento de sus características esenciales.

La posición metodológica del autor le lleva a tocar sólo marginalmente el aspecto de la legitimidad de los sistemas políticos en general, lo que muestra -por contraste- las diferencias que la obra se empeña en develar, al considerar una distinción sustantiva entre la estabilidad, como juicio descriptivo sujeto a la existencia de características empíricamente comprobables, y la legitimidad, como juicio de naturaleza normativa y de justificación estrictamente ética o moral.

Los enfoques básicos aludidos orientan el repaso de los componentes sugeridos por el autor para cada uno de los elementos de su definición final, lo que le lleva a escudriñar el concepto de "identidad" que, en su concepto, un sistema político pretende preservar con las reacciones o propensiones que pone en práctica durante un lapso relativo y en un contexto circunstancial también relativo.

De esta manera el desarrollo de la obra se ocupa de la vinculación entre "identidad" y "regla de reconocimiento" y, al buscar ubicar aquel término entre los factores que otorgan unidad a un sistema político-jurídico, diferencia las reglas primarias (de obligación) de las reglas secundarias (de cambio, de adjudicación y de reconocimiento), que son fundamentales para asegurar el dinamismo y eficiencia del sistema, de la misma suerte que, al sobreponer la "regla de reconocimiento" al concepto de "identidad", como nota de la definición sugerida, se analiza el papel del punto de vista externo y del punto de vista interno como instrumentos de verificación de la aquiescencia habitual, apática o prudencial de los observadores del sistema a las reglas que este impone, o como actitud de los miembros del sistema -respecto de la "regla de reconocimiento"- para identificar las razones válidas

en la búsqueda de la "estabilidad" y en la producción de la "legitimidad" del sistema de que se trate.

En la temática propuesta por el autor se revisa la importancia de los cambios en la permanencia de la estabilidad y se resalta su influencia determinante en la configuración o no de "casos límite", que el autor se resiste a admitir como expresiones de las "crisis de legitimidad", en tanto el derrumbamiento de la estructura constitucional y de la capacidad de rendimiento del Gobierno.

Finalmente, la parte teórico-conceptual del libro se detiene en la consideración que deben tener el factor "tiempo" y las circunstancias contextuales e históricas en la determinación de un sistema político estable, vinculándolas con la capacidad o tendencia de éste a reaccionar adecuadamente en la preservación de su identidad o "regla de reconocimiento".

Las aportaciones de la segunda parte de la obra comentada no alcanzan la misma plausibilidad que las de la primera, ya que no parece totalmente pertinente ejemplificar con realidades políticas tan disímboles como las de América Latina, las posibilidades de una concepción universal del término "estabilidad", nutrida esencialmente de ideas y fuentes doctrinales sajonas.

Salvadas las notas distintivas de la estabilidad que aquí se esclarecen, debe decirse que la obra peca de pretensiones mayores que los temas que alcanza a dirimir en las escasas 42 cuartillas que dedica a dilucidar un gran número de conceptos secundarios y a analizar un volumen considerable de referencias teóricas y bibliográficas, condiciones que recargan la comprensión de las ideas y dificultan el uso didáctico de los conceptos manejados por el autor.

Desde el punto de vista sustantivo, es evidente que Garzón Valdés se alinea entre aquellos que prefieren una definición bastante amplia de "estabilidad", asumiendo como dimensiones del concepto las que podrían ser consideradas sólo como "condiciones de acontecimiento", en lugar de optar por una definición más circunscrita, como por ejemplo, la que se incluye en el *Diccionario de Política* de Bobbio, Matteucci y Pasquino, que particulariza a la "estabilidad" diciendo que "es la previsible capacidad del sistema de durar en el tiempo".

Garzón Valdés parece refugiarse en una posición teórica que toma a la legitimidad de un sistema político como una noción meramente normativa -de naturaleza moral-, para eludir su análisis como condición indispensable, junto con la eficacia decisional, para la estabilidad que pretende definir universalmente.

De la abigarrada exposición del autor, que toma caracteres torrenciales, parece desprenderse la omisión de recurrir a la definición "de lo que no es estabilidad" para facilitar el acercamiento a un concepto de suyo difícil de aprisionar, sobre todo cuando no se procura evidenciar que la estabilidad es un estado del sistema en un intervalo dado; que la estabilidad es el resultado de la determinada disposición de los elementos del sistema, y que la estabilidad no es necesariamente, ni debe ser, el fin de todo sistema político.

Otra aparente omisión de la obra se encuentra en que las condiciones de estabilidad analizadas por el autor son propias sólo de los sistemas políticos democráticos; pero nada se dice de la estabilidad de los sistemas no democráticos, lo que -además de conspirar contra el propósito de universalizar la definición de estabilidad propuesta- pone de manifiesto la dificultad de decir algo válido acerca de su operatividad en esos contextos estaduales.

Esta acotación puede ser fundamental si se recuerda que habitualmente se ha acusado a este concepto -la estabilidad- de privilegiar el momento de la conservación respecto del cambio, y que el cambio democrático se ha instalado en la actualidad como la antítesis política de la estabilidad, en cuanto el mantenimiento del *statu quo*.

Finalmente, las afirmaciones de Garzón Valdés y sus propuestas definitorias de "estabilidad" (aún con la advertencia de neutralidad y carencia de elementos valorativos que anticipa el autor desde la introducción) plantean una serie de interrogantes: ¿qué validez adquieren ante los fenómenos reciente de globalización, de creciente interdependencia mundial, y de desvanecimiento de las soberanías nacionales?, ¿qué efecto causa el impacto creciente del "video-poder" (advertido por Giovanni Sartori en su libro *Democrazia cosa é*) en la estabilidad de los sistemas políticos o en la contención de los cambios democráticos? y por lo que se refiere al caso mexicano, que es un sistema derivado de un cambio

revolucionario, ¿será compatible el pretendido "cambio con estabilidad" del Gobierno recién iniciado (que puede ser el "cambio sin ruptura" alegado por Manuel Camacho en su reciente obra del mismo título publicado por Alianza Editorial, 1994, México) con una sociedad reclamante de democracia y de mayores índices de bienes, a la luz de las propuestas de Garzón Valdés?

¿Se puede operacionalizar el concepto de estabilidad propuesto por el autor en la realidad mexicana dibujada por el discurso del Presidente Ernesto Zedillo el primero de diciembre del año próximo pasado y por el citado libro de Manuel Camacho?

¿Podemos -desde la perspectiva ofrecida por la obra comentada- adelantar el juicio histórico de la estabilidad del sistema político mexicano, como un evento pasado que está a punto de concluir?, ¿es correcto evadir el criterio de legitimación (¿y legitimidad?) del sistema mexicano en los últimos 65 años para apreciar su grado actual de estabilidad o inestabilidad?

Con todo, es incuestionable que las propuestas de Garzón Valdés constituyen algo más que un repaso casi exhaustivo de los componentes esenciales de la estabilidad de los sistemas políticos, para ubicarse en el rango de un intento serio de contribuir a la solución de las confusiones y deficiencias que plantea la naturaleza casi inasible de vocablos como legitimidad, legitimación, eficacia decisional, cambio democrático, etc., que se complican mayormente cuando se transforman en realidades políticas concretas, a veces inmutables, a veces altamente volátiles.

Adriana Favela Herrera